

La militarización de la seguridad pública en México, 1994-1998*

I

La militarización de la seguridad pública en México, 1994-1998, de Alfredo Zavaleta, invita a reflexionar sobre esta compleja materia desde una perspectiva crítica, saliéndose de los esquemas de análisis cuantitativos en los que la sumatoria o disminución de muertos se reduce al combate de la violencia criminal, a través de los diferentes cuerpos policiacos y de seguridad de que dispone el Estado mexicano.

En el desarrollo de la obra hay varios ejes que generan debate y polémica. Uno de ellos es el que se refiere a la fragmentación del tejido social producida por la aplicación de políticas neoliberales y donde la violencia se presenta como estructuradora de aquél.

Para algunos autores, como Alan Touraine, Daniel Pécaut o Michel Weiworka, es difícil pensar la sociedad como un todo, pues en esta época —posindustrial— se presenta fragmentada y la violencia ya no es anormal o marginal.

* Alfredo Zavaleta Betancourt, *La militarización de la seguridad pública en México, 1994-1998*, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2006.

En este sentido, una primera impresión que tengo, es que el libro muestra la existencia de una tensión metodológica entre una concepción que ubica el problema de la violencia —el cual se manifiesta en la militarización de la seguridad pública— como resultado de las tendencias generales del capitalismo —del estadounidense en particular—, acercándose a la perspectiva de Wallerstein, y una concepción de la sociología dinámica con Touraine a la cabeza, en la que el desorden social y la diferenciación, si bien se presentan como producto de las políticas neoliberales, también son trayectorias propias de las sociedades latinoamericanas.

II

El autor plantea que en México se presenta la militarización de la seguridad pública como un aspecto aislado de la sociedad, cuando tenemos que pensarla como una estrategia de las elites políticas y económicas —especialmente de la priísta—, en la que la democracia es una simulación; la llama “democracia asegurada” y su papel consiste en regular la conflictividad social sin resolver los problemas económicos y sociales de la población, mientras que el objetivo de la militarización es administrar el

desorden social. Por lo tanto, la política neoliberal produce desajustes sociales e intenta incluir de manera colateral a algunos sectores marginales. La democracia para el autor, por lo tanto, es una estrategia en la que el sistema de partidos tiene como finalidad ser una vía de expresión controlada para preservar el modelo económico.

Aunque mantengo algunas diferencias con este enfoque, coincido en que las sociedades latinoamericanas se han cuestionado la calidad de la democracia representativa. Hay un fenómeno que debemos reflexionar: a mayor exclusión económica, hay una tendencia favorable a una inclusión ciudadana. Esto es, en Latinoamérica y en particular en México, en la medida que la sociedad se polariza y los programas de política social evidencian sus limitaciones —como ocurre con el programa Oportunidades—, se plantea una integración de ciertos derechos ciudadanos, básicamente electorales, con una fuerte carga ideológica, en la cual la vía pacífica es una condición para ejercerla.

Si pensamos que la democracia se agota en este esquema, hay una buena razón para afirmar que no es una alternativa.

III

Alfredo Zavaleta traza una perspectiva con la que intenta llegar lejos al criticar la teoría de la transición política clásica de O'Donnell y Schmitter, y especial-

mente a los teóricos mexicanos como Crespo, Cancino, etcétera.

La crítica sostiene que se había hecho una comparación mecánica entre las transiciones clásicas —la española, por ejemplo— y las transformaciones políticas de nuestro país, pero era difícil sustentar con fundamento estas comparaciones, pues se partía de procesos distintos. Por otra parte, también asegura que el proceso de transición es conducido de acuerdo con los intereses de las elites políticas y económicas. Coincidiendo con el cuestionamiento a la teoría de la transición, el autor deja de lado aspectos centrales. Uno de ellos se refiere a que en el mismo diseño de las transiciones planteadas por los clásicos, O'Donnell y Schmitter, se *invisibiliza* a la sociedad civil y a los movimientos sociales como actores centrales del proceso de transición política, y sólo se les valora como prioritarios en el proceso de consolidación de la democracia con un enfoque positivista.

Otros analistas pensamos que en las transformaciones de los sistemas políticos autoritarios a uno de carácter democrático, los movimientos sociales y la sociedad civil son actores permanentes; esto puede constatarse, por lo menos, en el caso de México.

En el debate sobre la democracia mexicana, existe una concepción legalista y jurídica que afirma, básicamente, que los cambios son dirigidos desde arriba, por la sensibilidad de las elites políticas y económicas y para hacer

frente a necesidades surgidas por los cambios en el contexto internacional, en tanto que otra concepción subraya que los movimientos sociales y la sociedad civil han empujado e impulsado tales cambios. En este sentido, podemos citar al movimiento ferrocarrilero del 58, al estudiantil del 68, al electricista del 76, al ciudadano del 88, al zapatista del 94, entre otros. La articulación de los niveles social, político y económico es lo que radicaliza la concepción de la democracia.

Aunque el texto concluye antes de la alternancia panista, en la argumentación que el autor hace sobre la “democracia asegurada” hay un trasfondo que en estos últimos años se ha debilitado intensamente. La vinculación entre democracia y combate a la pobreza. Cuando plantea que considera que la manera de combatir la militarización de la seguridad pública es retomar la concepción de lo social del movimiento zapatista, lo que se está poniendo a debate es que si la democracia no tiene vinculación con la esfera social y, en consecuencia, no se construyen puentes para combatir la desigualdad y la pobreza, ¿tiene, acaso, algún sentido hablar de democracia?

Al parecer no, por lo menos eso mostraron en términos empíricos las encuestas realizadas por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) sobre la calidad de las democracias en América Latina hace dos años, y así lo plantea el movimiento poselectoral de

centro izquierda en torno a López Obrador.

IV

Volvemos a preguntar entonces, ¿cuál democracia? Para algunos autores como Boaventura de Souza, académico portugués, Laclau, investigador argentino, y Pablo González Casanova, mexicano, con sus propias perspectivas, la democracia es viable si está articulada desde abajo, si existe una sociedad civil vigorosa cuya lógica es distinta a la que plantea la democracia representativa; una democracia que permite tender puentes para definir un nuevo tipo de economía.

Alfredo Zavaleta adelanta algunas pistas, pues plantea que las transformaciones de un sistema político no tienen que darse sólo por la vía pacífica, y que el movimiento zapatista de Chiapas es el que representa, como movimiento social, el modelo más articulado para un cambio político en México, ya que posee experiencia organizativa tanto local como nacional, con una dinámica cívico-política distinta a la de la clase política tradicional. La contradicción que observo se presenta en dos vías: por un lado, al cuestionar la “democracia asegurada” parece cancelar un modelo democrático distinto y sitúa al movimiento zapatista en la ruta militar, y por otro, le cuestiona a este movimiento su resistencia a la toma del poder.

El punto es, en el 2006, con el inicio de *la otra campaña* en la que el movimiento zapatista se define como anticapitalista: ¿cómo tenemos que pensar la relación entre movimiento y democracia?, o simplemente la salida democrática se cancela.

Por último, quiero mencionar que la búsqueda que hace el autor de la sociedad civil como un sujeto regulador y propositivo es muy interesante, en la medida en que las experiencias de las distintas organizaciones sociales en la democratización de la seguridad pública apuntan a propuestas concretas.

Como ustedes se pueden percatar, este libro, aunque abarca el periodo 1994-1998, ofrece muchos elementos para un debate muy actual (el caso de Oaxaca es un ejemplo), además de ser un texto bien escrito.

Martín Gerardo Aguilar Sánchez
Instituto de Investigaciones
Histórico-Sociales,
Universidad Veracruzana

Sin duda, de la lectura de *La militarización de la seguridad pública en México, 1994-1998*, no se puede sino aprender y ampliar la visión sobre los procesos políticos y sociales que han venido ocurriendo en los últimos años en México, particularmente del periodo estudiado en dicha obra.

Entrando en materia, debemos decir que ya el objeto de estudio que se propuso en esta investigación el doctor José Alfredo Zavaleta Betancourt, vuelve necesaria su lectura. No son muchas las investigaciones y las publicaciones que, desde una perspectiva sociológica, se hayan propuesto estudiar la evolución de la seguridad pública en México. Si eso se hace con el amplio equipamiento teórico e intelectual como el que dispone Alfredo, el resultado no puede sino ser un producto de calidad, innovador y, por ello mismo, polémico y generador de debate.

El autor se propuso, y ésta es una afirmación fuerte “despertar del sueño transitológico a quienes esperaban que el régimen político priísta se precipitara después de una transición pacífica”.

Siguiendo el lenguaje de Gramsci, diríamos que en torno a la dominación del Estado mexicano en el periodo que aborda, a Zavaleta le preocupa sacar a la superficie los aspectos coercitivos de esa dominación, antes que los relativos al consenso. Todo ello, en el contexto de la implantación del régimen de acumulación neoliberal.

En ese orden de ideas, la línea argumental del texto, si he entendido bien, podría resumirse como sigue:

La militarización de la seguridad pública es la cara oculta de la democracia electoral de baja intensidad, que ha permitido las alternancias municipales y estatales. Esta democracia de

baja intensidad, cuyos logros han sido pírricos, ha tenido como precio la violencia política ilegítima, militar, paramilitar y policiaca.

Los efectos de las políticas económicas neoliberales tendientes a asegurar la reproducción de los capitales mundiales han generado la agudización de las desigualdades sociales en México y América Latina, en particular situaciones de empobrecimiento y empobrecimiento extremo. Frente a ello, previendo dos consecuencias fundamentales, a saber: el incremento de la delincuencia, por un lado, y por otro, de la insurgencia, el Estado mexicano, asumiendo una estrategia apoyada en un proyecto transnacional para la seguridad hemisférica, ha venido tomando una serie de medidas coercitivas, entre las que se encuentra la militarización de la seguridad pública.

Por consecuencia, el empobrecimiento de la población, la puesta en marcha de estas medidas coercitivas y la militarización de la seguridad pública, vuelven irrelevantes la democracia electoral y, mucho más aún, los discursos de la transición a la democracia.

Para apoyar esta línea argumental, el autor ofrece una vasta información empírica, adecuadamente sistematizada e interpretada en función de las variables e indicadores que demuestren su hipótesis o su planteamiento central.

Así, el autor nos ofrece toda una serie de cuadros en los que se ilustra la progresiva militarización de los cuerpos policiacos en los estados del país, el progresivo aumento de los presupuestos destinados a la seguridad pública en los años que comprende el estudio, las tendencias estadísticas en cuanto a la criminalidad, la percepción de los ciudadanos sobre la seguridad en el país, así como una tipología y un análisis estadístico de los movimientos sociales y de insurgencia que se fueron presentando durante la época, mismos que muestran una tendencia hacia la dispersión y el desorden. Sin embargo, asume que este desorden, lejos de dar lugar a lecturas pesimistas que tratan de recoger la pedacería social, puede entenderse como un desorden productivo.

Junto a ello, Zavaleta nos ofrece un recuento de la evolución de las políticas públicas en materia de seguridad y de las modificaciones legislativas, debidamente contextualizadas con datos que ilustran las desigualdades sociales y económicas generadas por el neoliberalismo.

Todos estos elementos trata de insertarlos en una perspectiva comparativa con la evolución de otros países en Latinoamérica, tanto del sur como de Centroamérica, para ilustrar una tendencia global a la militarización de las policías.

Ante este escenario, el autor aborda la crítica de los enfoques teórico-políti-

cos que han tratado de explicar el fenómeno de la militarización, el empobrecimiento y la democracia de baja intensidad. A estos enfoques, que Zavaleta llama las prácticas teóricas alternativas, las clasifica en tres y son:

- 1) Lo que llama la “sociología de la decadencia”, sostenida por Sergio Zermeño, sobre todo a partir de su pesimista libro *La sociedad derrotada*, que habla de la pérdida de lo social y la desestructuración de los sujetos.
- 2) La socialdemocracia latinoamericana, particularmente en voz de Roberto Mangabeira, que critica el dualismo y propone enfrentar los efectos del neoliberalismo mediante la democratización del mercado y el fortalecimiento del Estado, impulsando políticas de combate a la pobreza que fortalezcan capacidades, la asociación del Estado con las pequeñas y medianas empresas y la reforma del presidencialismo.
- 3) La propuesta intergaláctica sostenida por el *subcomandante Marcos* y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), que propone enfrentar los efectos de la reestructuración económica mundial mediante una política local y global, a través de resistencias microfísicas articuladas en la internacional de la esperanza y la política de mandar obedeciendo.

Alfredo nos ofrece también un recuento de las consecuencias de la militarización en el combate a los movimientos sociales de resistencia y la persecución a los liderazgos sociales, desde Acteal hasta Aguas Blancas, incluyendo los acontecimientos de Chicontepec, en el estado de Veracruz, y un recuento de la información de los movimientos guerrilleros existentes en el país. Al observar el cuadro respectivo, en el que se registran 14 movimientos armados, distribuidos en otros tantos estados, uno tiende a valorar, en efecto, la relatividad de las luchas electorales en medio de un cuadro explosivo del que poco dan cuenta los medios de comunicación y no se percibe en la cotidianidad.

Colateralmente, el autor va intersectando análisis como los relativos a las estrategias de dramatización de los medios de comunicación sobre la inseguridad pública para reforzar el consenso en torno a medidas coercitivas y la justificación de la militarización, así como los posicionamientos discursivos de los partidos políticos en torno a estos procesos, incluyendo la revisión de las estrategias impulsadas por los gobiernos estatales y municipales del Partido Acción Nacional (PAN) y del Partido de la Revolución Democrática (PRD). Su conclusión es contundente al respecto: los partidos de oposición, si bien criticaban tímidamente la militarización, sus gobiernos locales no se habían diferenciado

gran cosa en cuanto a la estrategia de la militarización para combatir la inseguridad.

De igual manera, en el apartado sobre la “razón comunicativa impotente” se ofrece un análisis genealógico de los discursos sostenidos por los intelectuales —que el autor clasifica como públicos o privados en el seno de la esfera pública—, en relación tanto con las políticas públicas en materia de seguridad, como con el discurso transitológico.

Al llegar aquí, es donde el autor sostiene una de las afirmaciones más polémicas, las cuales, por otra parte, abundan en el libro. Dice Alfredo: “En sentido amplio, los procesos democrático/electorales que han posibilitado algunas alternancias están montados en una estrategia de militarización y centralización de las policías que ha producido algunas patologías y riesgos para la nueva sociedad mexicana”.

Más adelante afirma:

En nuestro país, la transición democrática ha sido un sueño del que lentamente han comenzado a despertar quienes en ella creyeron. Este discurso ha funcionado como un mecanismo de legitimación de la matriz de baja intensidad democrática operado por la contraélites panistas y perredistas, cuyas definiciones son diferentes pero coincidentes en la práctica (p. 234).

Más adelante explicaré por qué me parece un tanto aventurado este

planteamiento, que tal vez tenga que ver con el término sobredeterminación usado por Zavaleta; permítanme a continuación expresar algunas observaciones que merecen ser discutidas en torno al argumento central del libro, algunas son de carácter teórico y otras de carácter político:

Primera: Se echa de menos en el libro una conceptualización de lo que entendemos por “seguridad pública”. Si bien en el libro se hacen algunas alusiones a la diferenciación entre seguridad nacional, seguridad interna y seguridad pública, no se aclara de cual noción debemos hacernos cargo. Teniendo claro que debemos asumir problemáticamente el concepto generado por la tradición liberal en autores como Hobbes y Locke del “estado policía”, que tan bien repite Robert Nozick y cita en una parte del libro el autor, mismo que sostiene los discursos de las elites políticas e intelectuales en México; recurriendo a una “práctica teórica alternativa” —término althusseriano que agradablemente recupera Zavaleta—, ¿cómo entender desde esta práctica teórica alternativa la seguridad pública, donde, tenemos claro, no se limitaría la seguridad a la conservación del patrimonio y la seguridad física? Algunos autores, por ejemplo, prefieren hablar de una “seguridad ciudadana”, en la medida en que ésta, efectivamente, no se reduciría a las prácticas policíacas.

Segunda: El autor utiliza el término “militarización pasiva” aludiendo al concepto gramsciano de “revolución pasiva”, para referirse a la militarización de la seguridad pública en México. Este uso me parece problemático en tanto que, como podremos recordar, para Gramsci la revolución pasiva es una forma de reacción política ante la crisis orgánica de un sistema. En ella se produce un proceso de “innovación-conservación”: el grupo en el poder, sabiendo que no tiene una correlación de fuerzas favorable, asume parte de las demandas de la oposición, de modo que se realiza un cambio que, sin embargo, no supera totalmente el viejo orden. No me parece que sea ese el caso de la militarización de la seguridad pública que, si bien recupera una demanda de algunos sectores de las elites económicas y la clase media, no tiene que ver precisamente con la recuperación de una demanda de las clases subalternas.

Tercera: Ello tiene que ver con la manera en que Zavaleta relaciona la militarización de las policías con la democratización electoral, en la que pareciera que ésta se subordina a aquélla. Que se den simultáneamente no significa, necesariamente, que una condicione a la otra. Si bien comparto la idea de que, en la medida en que no está acompañada de una reforma en las políticas económicas que combatan sustantivamente la desigualdad, la democracia electoral puede volverse irrelevante, ello no quiere decir que la

democratización en el plano electoral, aun de baja intensidad, tal como se ha producido en México, se haya dado únicamente como producto de un mecanismo suprasistémico selectivo. Por el contrario, esos pequeños espacios de participación ciudadana fueron también el resultado de largas luchas y no obedece exclusivamente a una concesión, sino, en efecto, a un pacto, producto de una correlación de fuerzas, en la que cuenta una progresiva maduración del electorado y de la sociedad civil. Aun observando las elecciones recientes, en las que afloró un mecanismo de exclusión, es importante rescatar esos pequeños intersticios de participación electoral en los que se respeta la voluntad popular.

Cuarta: Lo anterior significa también que la militarización de la seguridad pública no necesariamente es la variable independiente, en torno a la cual giran, o bien las políticas económicas, o bien las formas de competencia electoral, entre otras, como parece desprenderse del texto en cuestión. Al contrario, podríamos ensayar tal vez la hipótesis de que las patologías que genera la militarización de las policías está más bien determinada por el carácter de la clase política mexicana, su falta de legitimidad y su acendrada corrupción, de tal suerte que ni los militares pueden escapar a la pandemia de la corrupción, volviéndose poco eficaces sus estrategias para combatir la delincuencia, sobre todo la organizada, y la insurgencia.

Después de estas observaciones, relacionadas sobre todo con el emplazamiento desde el cual nos hemos posicionado políticamente, pondría en todo caso el énfasis en las coincidencias, y éstas afloran inmediatamente cuando en el libro se afirma que:

En realidad, más allá de las buenas intenciones transitológicas, en el país hay varias vías para desestructurar el régimen político mexicano de partido aún hegemónico. La posibilidad de su desarticulación y la estructuración de un régimen democrático con políticas públicas posneoliberales está dada por las vías cívica, electoral y armada, básicamente por la versión zapatista de la transición democrática. Por eso, no tiene demasiado sentido afirmar que hay vías únicas, se trate de la transición pacífica, del cambio sin ruptura y con estabilidad, el mandar obedeciendo, etc. [...] La posibilidad de la tolerancia política en el proceso político actual sólo se concretará en la medida en que se reconozca la parcialidad de las observaciones propias mediante un diálogo racional basado en la idea de los disensos y el respeto a las diferencias.

Sin duda, esta afirmación la comparto completamente y da lugar para ensayar todo un conjunto de propuestas en torno a cómo avanzar hacia una democracia de elevada intensidad, que trascienda el intercambio político entre las élites

En el cuarto capítulo, el autor, al momento de elaborar su investigación,

traza algunos escenarios futuros en torno a la militarización de la seguridad pública, para los que contempla tres posibilidades:

- a) *La desmilitarización como retirada concedida por la presión civil.* Contemplaba la posibilidad de un triunfo electoral del PRD, la modificación de las políticas públicas orientadas a combatir la pobreza, una reducción y un control de los presupuestos destinados a seguridad pública, con una participación y control ciudadano de las políticas públicas en materia de seguridad, lo que incluye el retiro de los militares a los cuarteles, entre otros aspectos.
- b) *La activación de la militarización de los policías y de la contrainsurgencia.* Este escenario apuntaba hacia la posibilidad, cumplida, de un triunfo del Partido Revolucionario Institucional (PRI) o del PAN, con un control del Congreso por el PAN, lo que aceleraría la subordinación a las políticas en materia de seguridad de Estados Unidos, acentuando las patologías de la militarización y exacerbando las desigualdades y los conflictos sociales, el incremento de las presiones de la sociedad civil, la venta de paraestatales y el aumento de financiamiento a las policías y militares, con un incremento del hostigamiento hacia los grupos insurgentes.

c) *La militarización de la seguridad pública consolidada*. Contemplaba la posibilidad del triunfo del PRI o del PAN, continuando con la militarización, mayores patologías, desórdenes institucionales y corrupción, con un cuestionamiento por parte del PAN y del PRD de manera diferenciada, así como un aumento de la presión civil.

Con la ventaja que nos da el observar los hechos *a posteriori*, podemos decir que lo que se está actualmente desarrollando es una combinación de los dos últimos escenarios, donde se está intensificando la conflictividad social, existen claros peligros de ingobernabilidad y brotes de insurgencia, así como de delincuencia y mecanismos colaterales de inclusión que pondrán en serio riesgo la seguridad ciudadana.

En ese mismo capítulo, el autor propone algunos elementos alternativos para la ciudadanización de la seguridad pública y la desmilitarización, entre los que se enlistan:

- La multiplicación de las redes civiles contra la inseguridad y sus patologías estatales.
- La sujeción de las elites a organismos civiles nacionales e internacionales de derechos humanos.
- La descentralización del sistema policiaco.
- Incremento del gasto en política social.

- Abaratamiento de los procesos electorales y competencia electoral simétrica.
- Aumento de impuestos a quienes concentran la riqueza.
- Estatalización de la seguridad privada.

Por último, quisiera decir que a lo largo del texto, el autor hace uso de un conjunto de metáforas-concepto que ilustran la amplia formación teórica de que dispone, recuperando algunas categorías gramscianas, como el ya mencionado de “revolución pasiva”, de Trotsky; el desarrollo desigual y combinado, que remite a sus simpatías políticas iniciales, de Althusser; la sobredeterminación y las prácticas teóricas, de Edgar Morin; la recursividad, de Ylia Prygogine; las estructuras disipativas, de Jacques Derrida; la deconstrucción, de Michel Foucault; los micropoderes, el discurso, la genealogía y, finalmente, la idea de una colonización panóptica, en la que junta dos términos a primera vista antagonicos de Foucault y Habermas, que, como le decía en unas observaciones a su tesis doctoral, forman un matrimonio poco feliz.

Todos estos conceptos enriquecen la interpretación y la exposición en torno al objeto de estudio elegido, dotándolo de un contenido sociológico bastante atractivo para quienes compartimos ese oficio.

Esta aglomeración de términos y nombres pudiera entenderse como un eclecticismo poco fundado epistemológica y metodológicamente. En diversas pláticas y sesiones, sin embargo, nos ha planteado su idea de la utilización de los conceptos teóricos como una caja de herramientas cuya unidad gira en torno a la rigurosidad de la construcción del objeto de la seguridad pública militarizada, un objeto, por lo demás, que siempre, siguiendo su vena foucaultiana, le ha apasionado.

Después de esta larga exposición no me queda sino recomendar sinceramente que compren y lean el libro, y felicitar a su autor por producir una obra a la altura de lo que sus amigos y colegas siempre hemos esperado de él, teniendo la seguridad de que pronto estaremos leyendo otras producciones tanto o más significativas que ésta.

Víctor Manuel Andrade Guevara
Facultad de Sociología,
Universidad Veracruzana

Al margen de que habrá oportunidad para abundar sobre los comentarios, quiero agradecer la lectura atenta, aguda y brillante de mis comentaristas.

En verdad, agradezco que hayan leído este libro con responsabilidad académica y convicción política. Estoy en deuda con ustedes.

Debe ser mi gusto por la heurística de las paradojas —algo que aprendí de Luhmann—, el que me ha colocado en una posición desde la cual observo el proceso que analizo y me ha ayudado a entender por qué no se va más allá de lo logrado en la democratización electoral y, al mismo tiempo, por qué es necesario recordar lo que ha sido invisibilizado por los analistas que celebran la instalación de la democracia en nuestro país.

En efecto, este libro habla de la *baja intensidad democrática* y no de la democracia de baja intensidad, tampoco de la democracia asegurada. El matiz es fundamental para comprender adecuadamente el sentido del texto.

Desde esta perspectiva, los logros electorales son mostrados como débiles, pero al mismo tiempo se advierte la necesidad de innovaciones democráticas más allá de lo electoral.

Por eso, permítanme insistir en ello, no existe contradicción cuando se observa sociológicamente la militarización de la seguridad pública en México desde una perspectiva sistémica y otra accionalista, pues la superación de ambos esquemas parciales es un acuerdo básico de la sociología contemporánea; aún más, tampoco hay inconsistencia cuando se reconoce al zapatismo sus innovaciones políticas y al mismo tiempo se le crítica por autoexcluirse de la disputa por el poder político en el país.

Probablemente la militarización pasiva no sea una constatación empírica del valor teórico del concepto gramsciano de revolución pasiva. Respecto de lo anterior, el concepto de militarización pasiva de la seguridad pública no es un juego de palabras, insiste en la necesidad de diferenciar las características de este proceso comparado con las experiencias latinoamericanas.

Asimismo, quizá haya otras observaciones para las cuales la militarización sea una variable dependiente, no obstante, quisiera insistir en que en

la actualidad, en México, es una variable básica para entender cómo se está construyendo una nueva sociedad mexicana, incluida la democratización electoral.

De nuevo, gracias por los comentarios, ojalá continuemos este intercambio de ideas en otro momento.

José Alfredo Zavaleta Betancourt
Instituto de Investigaciones
Histórico-Sociales,
Universidad Veracruzana